

EXALTACIÓN A SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ

5 de noviembre de 2023

Parroquia de San Antonio de Padua Algeciras

Gracias a Dios, tuve la suerte de encontrarte, Juan Francisco Pereira Casas, mi agradecimiento por tus generosas e inmerecidas palabras, que sin duda, brotan del afecto y la amistad que nos une.

Reverendo Padre D. Antonio Jesús López-García Mohedano, excelentísimo Sr. Alcalde D. José Ignacio Landaluce y miembros de la corporación municipal, Sr. Vice-Presidente y miembros del Consejo Local de Hermandades y Cofradías, representantes de Hermandades de la Ciudad de Algeciras.

Sr. Hermano Mayor y miembros de la Junta de Gobierno de la Venerable, Humilde y Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Caridad en el Misterio de su Sagrada Mortaja, María Santísima de la Piedad, San Bernardo y Santa Ángela de la Cruz, señoras y señores.

No sólo por elemental deber de cortesía, sino por sincero dictado del corazón, quiero dar las gracias a la Junta de Gobierno de la Sagrada Mortaja, por haberme otorgado el honor de realizar la vigésima exaltación a Santa Ángela de la Cruz desde esta dignísima tribuna.

Ya en la Guía Oficial de la Semana Santa de Algeciras de 2014, de la que era asiduo colaborador, escribí un artículo sobre Santa Ángela de la Cruz.

Es tan rica, tan fructífera, tan llena de detalles y con tantos matices la vida y obra de Sor Ángela, que excedería sobremanera el tiempo prudencial del que hoy disponemos, y buen ejemplo de ello son los libros editados por el Padre

José María Javierre sobre Sor Ángela, en los que resalta su espiritualidad franciscana, es por lo que nos ceñiremos a lo más importante, para así tratar de acercarnos a Ella en lo posible.

Ángela Guerrero González, Sor Ángela, Santa Ángela de la Cruz, nació en Sevilla el 30 de enero de 1846, en el número 5 de la Plaza de Santa Lucía, en el seno de una familia humilde. Tres días después, el 2 de febrero fue bautizada en su parroquia.

Sus padres trabajaban en el convento de la Santísima Trinidad: tuvieron catorce hijos, de los cuales solo vivieron seis. De su madre, aprendió la religiosidad y el amor exagerado a la limpieza, que es distintivo de la Compañía.

Su educación escolar fue mínima, probablemente asistió a algunas clases que señoras particulares ofrecían en sus propias casas, a cambio de una pequeña compensación económica. Pronto tendría que dejarlas porque la familia no podía permitírselo y se le requería en las labores de la casa.

Con 12 o 13 años entro de aprendiz en el taller de confección de calzado de doña Antonia Maldonado, aunque Dios tenía otros planes para ella.

Pronto pone Ángela de manifiesto la enseñanza evangélica de que “el que se humilla será ensalzado”.

A los 15 años dormía sobre una tabla de madera, realizaba ayunos y los viernes se privaba de su comida para dársela a los pobres.

Una tarde, en el taller donde rezaban el rosario, la encontraron arrodillada en oración, extasiada, milagrosamente suspendida sobre el suelo. Doña Antonia pidió a las demás operarias que no interrumpieran ese momento y prosiguieran su tarea. Al día siguiente puso este hecho extraordinario en conocimiento de su confesor, el

padre Don José Torres Padilla, quien manifestó su deseo de conocer a Angelita.

El padre Torres fue una figura clave para consolidar la vocación y dirigir la vida espiritual de Angelita. Desde el primer momento descubrió sus cualidades y la animó a continuar el apostolado con los pobres. A los 16 años, Angelita ya frecuentaba las visitas a los pobres y enfermos.

Hasta los 19 años compaginó la vida en familia con sus padres, el trabajo en el taller de calzado y una vida dedicada a la oración y la atención a los pobres y necesitados. En este clima de intensidad espiritual surgió su vocación religiosa. A los 19 años ya pensó en ingresar en un convento.

En 1869, cuando tenía 23 años entro en el Hospital de las Hijas de la Caridad de Sevilla donde tomó el hábito de novicia, pero su salud comenzó a resentirse. La enviaron a Cuenca y de allí a Valencia con el intento de que su salud mejorase, pero siguió frágil e incapacitada para seguir esta vida religiosa.

Angelita volvió a Sevilla, donde se restableció. El día de todos los santos pone por escrito el propósito de vivir su vocación religiosa en el mundo, así escribía “Hoy, 1 de noviembre de 1871, hago propósito yo, María de los Ángeles Guerrero González, a los pies de Jesucristo crucificado, de vivir conforme a los consejos evangélicos, imitar la vida de Jesús en lo exterior, y en lo interior vivir crucificada con Jesús”, desde entonces tomó el nombre de Ángela de la Cruz.

Ángela era consciente de que ello le acarrearía ciertas vicisitudes, pensó que tales dificultades se mitigarían disponiendo de una figura de la Virgen en su futuro convento, ya camino de su casa la Virgen María se le apareció, suspendida en el aire, bellísima; fue la respuesta final que Ángela necesitaba.

Por mediación del padre Torres, consigue traerse a la Virgen de la Salud a su Capilla desde la Parroquia de Santa Lucia, a la que atienden primorosamente en el convento.

El 2 de agosto de 1875 las cuatro primeras hermanas de la Cruz, tras oír misa en Santa Paula y comulgar con el Padre Torres, comienzan su primera jornada. Van pobremente vestidas, en parejas, en silencio, como será la norma desde ese momento. Visitan a los pobres llevando pequeños obsequios. Esa misma noche, cuando llegan a la habitación de la calle San Luis, la despensa está vacía. Así, ayunando, y dándole gracias a Dios por su primer día, duermen radiantes de felicidad en unas humildes esterillas.

“Aquellos que sirven a los demás y viven el camino de la esperanza, son los verdaderos siervos de Dios.”

En los meses siguientes, apenas recogen dinero para subsistir y seguir ayudando a los pobres y enfermos. Tras muchas gestiones, y la ayuda entre otros, del Beato Don Marcelo Espínola, que sería cardenal de Sevilla más tarde, se trasladan a una pequeña casita en la calle Hombre de Piedra, con más espacio. En Navidad, por disposición del cardenal Lastra las hermanas comienzan a vestir el habito sencillo ideado por Sor Ángela, signo de la consagración a la causa de los pobres: bayeta parda, con escapulario, cordón franciscano, toca blanca y alpargatas de estameña.

En el invierno de 1877 tuvo lugar una epidemia de viruela, donde las hermanas de la Cruz ayudaron y cuidaron a muchos enfermos. En los barrios pobres la tuberculosis hacia estragos y muchos niños quedaron huérfanos, por lo que la Compañía de la Cruz decidió recogerlos hasta que tuvieran edad para vestirse por si mismos. La primera niña recibida, Dolorcitas, falleció enseguida, pero recogieron y cuidaron a muchos mas niños.

El 2 de julio falleció Sor Juana, poco después enfermó Sor Pura. El médico le aconsejó una temporada de descanso en la sierra. Como era de Jimena de la Frontera y su familia estaba allí, se trasladó a su pueblo el 15 de julio de 1876 con Sor Adelaida de Jesús para que la cuidasen.

Encarnación Delgado, una señora del pueblo, les ayudó llevándoles provisiones, visitándolas y cuidando a la enferma. Encarnación tenía dos hijas, María de los Ángeles, y Encarnación, y un hijo sacerdote, José María Álvarez Delgado. El médico les dijo que le convenían baños en el mar, de forma que las dos monjas, el 2 de agosto se vinieron a Algeciras a recuperarse.

Debemos recordar que Algeciras, a la que los siglos la han configurado como ciudad abierta, en aquella época, por encima de clasificaciones administrativas, seguía siendo un vergel, como ya nos recordaba en sus poemas Ibn Saïd al-Maghribí, de Alcalá la Real, desde su exilio Andalusí en Marrakech en el siglo XIII, donde el campo, en pleno siglo XIX seguía influenciando y dominando sobremanera a la ciudad, con el mar siempre presente, por lo que la pureza del aire templado favorecía la salud de sus habitantes.

Ese mismo día, el 2 de agosto de 1.876, María de los Ángeles entró en la Compañía de la Cruz yéndose a vivir a Sevilla con su madre. Otras dos monjas de Jimena de la Frontera fueron María Fajardo y Francisca Rivas.

En 1887, tras vivir las Hermanas de la Cruz en varias casas en Sevilla, se trasladan definitivamente a la actual en la calle Alcázares, a la casa palacio del marqués de San Gil, gracias a los miles de donativos que gente del pueblo de todas las condiciones les entregaban reconociendo así su labor. En esa época, nuevas casas se abrían por Andalucía y Extremadura.

En 1898 el Papa León XIII firmó el Decretum Laudis (Decreto de Alabanza) ratificado en 1904 por Pío XII. El Decreto de Alabanza es una disposición oficial muy importante a través de la cual la Santa Sede otorga el reconocimiento eclesiástico de la institución, del derecho pontificio a los institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica.

El 11 de mayo de 1908 tuvo lugar un capítulo general en el que se eligió a Sor Ángela superiora general de la Compañía.

El 31 de agosto de 1909 se fundó el convento de Sanlúcar de Barrameda. Posteriormente se fundaron los de Huelva, Escacena del Campo, Peñaflor, Torreperogil, Baeza, El Cerro del Andévalo, Ronda, Estepa y así se fueron fundando conventos donde las necesitaban; la generosidad de Sor Ángela no conocía límites.

Decía Ortega y Gasset, en su “Estudio sobre el amor” despojado de su altivez intelectual, que “el amor no es posesión” el amor tiene muchas formas, y siempre es dar, y el mayor de todos es el de una Madre.

A Sor Ángela, sus hijas, le llamaban Madre porque así la sentían. En la estatua de pedestal junto a la iglesia de San Pedro en Sevilla, inaugurada por el cardenal Bueno Monreal, reza la dedicatoria “A Sor Ángela de la Cruz, madre de los pobres”

En 1928 Sor Ángela cesa como Madre General por razón de edad, ella siempre aceptó y acató esta decisión conforme a los estatutos de la Compañía.

El día 2 de marzo de 1932, Sevilla lloró sin consuelo, con hondo pesar, silenciosamente; Sor Ángela había muerto en olor de santidad con una sonrisa en los labios, Madre Angelita ya no estaba con nosotros.

En esa fecha, Sevilla era republicana, le llamaban la Sevilla roja por los saqueos, incendios y destrozo de templos e imágenes, impulsados, por el ambiente anticlerical de la izquierda más revolucionaria, como bien narra Nicolas Salas en sus apuntes: “la iglesia no había padecido un ataque igual a su patrimonio desde la desamortización de Mendizábal un siglo antes”.

Pero esa misma corporación municipal, con el alcalde José González y Fernández de la Bandera, la misma que había cambiado los nombres de las calles vinculadas a la religión, en marzo de 1932, cuando muere Sor Angela, es la que se reúne en sesión extraordinaria para aprobar por unanimidad un único orden del día; rotular con el nombre de Sor Angela de la Cruz parte de la antigua calle Alcázares.

En los días de nuestra guerra civil, eran los mismos milicianos quienes acompañaban a las hermanas para que nadie se atreviera a tocarlas. Es más, contaban, que en el puente de Triana se paraba la guerra sólo para que ellas pasaran. La gente siempre sabe donde está el amor de verdad. Como decía el Caballero de la triste figura “donde está la verdad está Dios”

La fuerza de “la humildad sin límites” como ella misma concebía su labor con los pobres, había roto las barreras de la falta de fe, o lo que es lo mismo, su obra era reconocida por todos. Qué gran lección de “no ser, no querer ser”.

Comentaba Don Miguel de Unamuno, que hasta un ateo necesita a Dios para negarlo; desde su complejo espíritu, discernía entre las teorías de que el amor a Dios es un amor intelectual, como otros filósofos mantenían, y su creencia de la inmortalidad del alma, por lo que la fe llena nuestros sentidos y nuestra vida ante Dios. Por ello, en este y en muchos lugares del mundo necesitamos a Sor Angela para que interceda por nosotros, para que nos guie en el camino

hacia Dios en este tránsito hacia la eternidad, abogada nuestra; y me consta que ella tiene buena mano allá arriba.

Así reza el estribillo del himno de Sor Angela cuando lo cantan en el convento las Hermanas de la Cruz

Eres del pueblo,
y al pueblo tú le das,
eres de todos,
y del que sufre más.

El 5 de noviembre de 1982, Su Santidad el Papa Juan Pablo II la beatificó en el transcurso de una eucaristía en la Santa Iglesia Catedral en su visita a Sevilla. La fórmula de la beatificación fue “Nos, declaramos que la venerable sierva de Dios Ángela de La Cruz Guerrero y González, fundadora de las hermanas de la Compañía de la Cruz, de ahora en adelante podrá ser llamada beata” esa misma tarde el Papa visitó la Casa Madre y rezó frente a su tumba. En su homilía dijo “sé que la nueva beata es considerada como tesoro común de todos los andaluces, por encima de cualquier división social”

El 24 de diciembre de 2002 la Iglesia aprueba el milagro acaecido en un joven que tenía obstrucción arterial de la retina de un ojo y recuperó repentinamente la visión.

El 4 de mayo de 2003 Su Santidad Juan Pablo II vuelve a España para beatificarla en Madrid en la Plaza de Colon con el nombre de Santa Ángela de la Cruz.

En mi opinión, el mayor milagro de Sor Ángela es que no hay una sola persona en el mundo que no hable bien de ella, ese es el mayor milagro.

Te llevamos en el corazón, Madre, en la íntima oración del día, presente en nuestras plegarias, ejemplo del sentido de esta vida. Eres el verso, la estrofa y el poema interminable de amor al prójimo, al necesitado; el camino y la paz que nos marca la senda hacía Dios, la alegría de tenerte al alcance de nuestras manos, en un convento que es la gloria, donde te adoran los sevillanos.

Eres la luz que alumbra nuestra esperanza,
la del cansado caminante que te reza,
la alegría de tu amparo que no cesa,
las manos que siempre nos alcanza.

SEVILLA Y ALGECIRAS

Sevilla sin Sor Ángela de la Cruz no sería Sevilla; Algeciras tampoco, le faltaría luz en el alma, en el faro que la guía, la Madre mas cercana, le faltaría un puente hacia Dios, la oración en la noche, la alegría en la mañana, y, sobre todo, el enorme ejemplo del humilde servicio a los demás por amor a Dios, que a todos nos pone los pies en la tierra. Sevilla sin la Compañía de la Cruz no tendría a los ángeles del cielo paseando por sus calles, siempre alegres, de dos en dos, en silencio, de día y de noche, haga calor o frio, llueva o ventee, y siempre, a casa del enfermo, del anciano, del necesitado, del que solo las tiene a ellas;

¡bendita seáis por siempre Hermanas de la Cruz!

¡de mi boca, a los oídos del Altísimo!

Cada vez que las veo por las calles de Sevilla me asombro más; y más me sombro y me reconforta, venir a Algeciras y verla representada en las capillas, en las parroquias, Medinaceli, Capilla de Europa, San Miguel, Corpus Christi,

aquí en San Antonio, en el título y patrimonio de esta querida Hermandad de la Mortaja, ejemplo de rigor en el cumplimiento de sus Reglas Internas y Estatutos.

Hoy, 5 de noviembre, hace veinte años que se firmó el decreto por el que se erigió canónicamente como Hermandad; hoy hace veintiún años que llegué a esta tierra con mi familia y hoy se cumplen cuarenta y un años de la beatificación de Sor Ángela; una fecha singular.

Sor Angela nunca se preguntó para qué había venido a la tierra, ya lo sabía, vino para ser ejemplo de humildad, para ser pobre entre los pobres, para dar todo al necesitado, por ello, los devotos, y los que no lo son, se vuelcan con ellas; siempre estaremos en deuda con las Hermanas de la Cruz, porque en este mundo, Madre Angelita, difícil es vivir si no es contigo.

En Sevilla, cuando voy andando desde mi casa en línea recta hacia mi Hermandad de Los Panaderos en la calle Orfila, siempre paso por delante de la casa natal de Sor Angela en la Plaza de Santa Lucia, frente a la que era Iglesia de Santa Lucia, donde ella asistía devotamente a rezar; allí es donde se fundó la Hermandad de Los Panaderos, por lo que, en su escudo, lleva cargado dos ojos, símbolo del martirio de Santa Lucia. Son devociones y caminos que se encuentran, el destino que siempre nos aguarda y a veces nos reconforta; hay una mano que nos guía y nos hace saber de donde venimos, donde estamos y a donde debemos ir.

MISION

La misión de las Hermanas de la Cruz es dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, buscar casa a los peregrinos, visitar y cuidar a los enfermos y velarlos sacrificando su propio reposo. Son todo para los pobres, mirándolos no sólo como hermanos, sino como señores, acompañándolos y

estando con ellos a su lado. Esta frase, también nos recuerda al Venerado Don Miguel de Mañara, fundador en el siglo XVII de la Hermandad de la Santa Caridad y el Hospital de la Santa Caridad donde los hermanos de la congregación servían y sirven a sus “amos y señores los pobres”, como bien reza en su obra Discurso de la Verdad, y en el escrito de los azulejos que encontramos en las paredes del Hospital y en el día a día que podemos ver de los hermanos de la congregación cuando atienden a los enfermos, recordándonos, el fin para el que fueron concebidas las hermandades o cofradías, para proclamar la fe en Cristo, para integrar a personas de diferente procedencia, estatus social o profesión, y principalmente, para amparar y proteger al hermano necesitado en lo espiritual y en lo material; la Hermandad no constituye un círculo dilecto entre los hermanos más asiduos, sino que está llamada a ser ángulo abierto a la evangelización, en la ciudad, en la Casa Hermandad y en el Templo; no debemos olvidarlo.

EL CONVENTO

Entrar en el convento de Sor Ángela, es salir del mundo ordinario, es encontrar la ansiada paz interior que a veces echamos en falta, aunque sea por un corto espacio de tiempo; vemos, la eterna peregrinación de los fieles devotos que en silencio van a verla para rezarle, para pedirle por el enfermo, por las necesidades de cada cual; muchos, para darle las gracias por las peticiones concedidas, y siempre, por devoción a la Madre que supo abrir las puertas que no había abierto nadie en una época tan difícil socialmente, las puertas del corazón de los desamparados. No es casualidad que, a Sor María de la Purísima, la fiel hija y sucesora de Sor Ángela, también la hayan canonizado, no es casualidad que también haya subido a los altares; llevamos veinticinco años ya sin ella; en el Convento, en las Hermanas de la Cruz,

brotan la Gracia de Dios, fluye un eterno manantial celeste guiado por la mano del Altísimo, de él nace la misericordia, el amparo, la esperanza, la luz que inunda los corazones de la Compañía donde gozan de la eterna alegría, la alegría de dar, la virtud de la caridad.

Las Hermanas de la Cruz nunca desfallecen, son testimonio de fe en Cristo allá donde están, donde tienen casa y donde no. Su ejemplo, crece como un grano de mostaza, como nos habla La Biblia;” cuando se siembra en la tierra, es más pequeña que cualquier semilla, pero una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo anidan a su sombra”

EL LEGADO

La vida es efímera, como nos recordaba hace unos días en su homilía nuestro reverendo Padre Antonio Jesús, aquí presente, la vida es un soplo en la que debemos aprovechar la mano que nos tiende el Altísimo; Sor Ángela no perdió el tiempo; Madre nos dejó el legado más inmenso, la fe inquebrantable en Cristo nuestro Señor, el amor a los pobres, la fidelidad de las Hermanas a los principios fundacionales de la Compañía, que se mantienen intactos a través del tiempo, y, sobre todo, el enorme ejemplo de humildad.

53 Casas abiertas por la Compañía de la Cruz en España, Italia y Argentina, 17 residencias de ancianas, 8 residencias de niñas, colegios de infantil y primaria y una extraordinaria obra social para ayudar al necesitado en todos los ámbitos. Este es el mayor milagro de Sor Ángela, estamos y estaremos siempre en deuda con ellas, con los ángeles enviados por Dios.

EPISTOLARIO

Siete mil cartas constituyen el Epistolario que Sor Ángela estuvo escribiendo al final de cada día, de cada jornada de trabajo. Abarcan básicamente desde 1.878, recién fundada la primera casa fuera de Sevilla, en Utrera, hasta 1.930, dos años antes de su muerte. Sus textos, no tienen una gran calidad literaria, no lo necesitan, pero reflejan una excepcional calidad humana y cristiana; el camino a seguir, el testamento de la espiritualidad que dejó marcada como un molde en la Compañía de la Cruz, que es y será eterna reserva espiritual allá donde estén; ella no ha muerto, porque no puede morir el amor mas vivo, el amor a Dios nuestro Señor.

Su vida, es el modelo acabado de oración, penitencias y entrega total a los pobres. La que no pudo aprender a leer y escribir de niña, iletrada, pero con una inteligencia natural que asombra con las sentencias espigadas de sus cartas y escritos y nos contagia la alegría de creer en Dios y su amor a los pobres y a sentir su Divina Misericordia. Es algo inexplicable para la generalidad, como también lo fue, sin previa enseñanza reglada reconocida, por poner un símil, la Venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda con la obra La Mística Ciudad de Dios, vida de María; así como su correspondencia con Felipe IV, donde este le pedía consejos de buen gobierno. Sin ningún genero de duda, Dios provee a las almas con fe de una preclara lucidez que unas veces nos asombra y siempre nos confirman su grandeza.

Dice el Evangelio de San Juan: “No me elegisteis a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, Él os lo de.

Sor Angela, la grandeza de un alma elegida, creció Madre por voluntad de Dios.

Sevilla, le debe el refugio de su amparo
el amor vertido en nuestras almas
el eterno ejemplo de sus manos
que vierten la paz que al corazón calma.

Ni el nardo, ni el jazmín, ni la azucena,
ni la brisa de la primavera
ni Sevilla hecha jardín
se acercan al olor de santidad
de la Madre más Santa y más buena.

José Antonio Ramírez Díaz